

Este era San Nilo, la gloria de la Italia, la admiracion de los reyes, el fundador de muchos monasterios en Calabria.

El santo hombre habia emprendido la fuga al saber que el príncipe de Gaeta no esperaba más que su muerte para tomar sus reliquias. Cuando él habitaba el Monte-Garan, el emperador Oton III fué á visitarle y le ofreció un lugar para edificar un monasterio. "Pedidme todo lo que queráis, añadió el príncipe; padre mio, todo os lo concederé con alegría.—La única cosa que os pido, le dijo el santo, poniéndole la mano sobre el pecho, es que penseis en la salvacion de vuestra alma." San Nilo murió en *Grotta Ferrata* en 1005 y su cuerpo descansa bajo el altar. En los frescos inmortales que decoran la iglesia del convento, el Dominiquino ha representado la visita del emperador Oton, la resurreccion de un niño y otros rasgos de la vida del santo anacoreta. El monasterio conserva todavía el recuerdo del ilustre Bessarion que fué á buscar allí un asilo despues de la toma de Constantinopla. Rendimos nuestros homenajes á la Virgen milagrosa y tomamos á toda prisa el camino de Palestrina. La Aldea de la Columna, el lago Regila, las ruinas de Gabias apenas las vimos rápidamente; la noche envolvía á la antigua Prenesto cuando entramos á ella.

## 22 DE MARZO.

Palestrina.—Recuerdos de Pio VI.—Subiaco.—Tivoli.—Catedral.—Recuerdos de Santa Sinforsosa.—Templo de Vesta.—de la Sibyla.—Vila de Mecenas.—Las Cascadillas.—Vila de Varus ó *Madonna del Quintigliolo*.—Gruta de Sirenas.—Vila de Este.—Vila de Adriano.—Sepulcro de la familia Plàucia.—La Solfatará.—*Ponte Mammolo*.—Vuelta á Roma.

Para las ciudades y para los reinos, lo mismo que para los individuos, hay momentos solemnes que deciden de su por-

venir. Prenesto presenta de ello un ejemplo memorable. Orgullosa con su origen muy anterior al de Roma, envanecida con sus murallas ciclópeas, y orgullosa sobre todo con su templo de la Fortuna, adonde el imperio romano entero iba á consultar su Suerte, la ciudad latina ocupaba hacia largo tiempo un papel elevado en la escena del mundo; mas la hora de su decadencia se acercaba. Roma, dividida entre Mário y Sylla, estaba ardiendo y con ella toda la Italia. Prenesto tomó el partido de Mário. La altura de sus murallas, la fuerza de su ciudadela hicieron que fuera elegida por el hijo de Mário para su asilo y su campo de atrincheramiento. Sylla se presenta á su turno; la ciudad es tomada, el vencedor degüella á los habitantes, y la antigua ciudad baja á una tumba sangrienta de donde no ha salido jamás. El vencedor tiene á bien restablecer sobre bases más vastas y con nueva magnificencia el templo de la Fortuna; ¡vanos esfuerzos! el prestigio ha muerto para siempre. Nos parece que debia ser así. Se acercaba el momento en que el oráculo eterno de la verdad, la verdad misma iba á hablar al mundo; y en la destruccion de Prenesto, baluarte secular en donde reinaba el padre de la mentira, como en el Capitolio, el cristiano reflexivo ve brillar la accion divina que avanza un paso en la obra de la preparacion evangélica.

No presentando Palestrina otro interes que el de los recuerdos, la dejamos á buena hora para irnos á Subiaco. ¡Subiaco! ¡qué encantadora peregrinacion! ¡Oh! cómo todo habla allí á la imaginacion y al corazón! ¡Qué gozo para el viajero frances hallar en aquella poética soledad religiosos que hablan su lengua, como él mismo la habla, y que sin haberle visto nunca, le quieren y le reciben como á un hermano! Subiaco fué el primer retiro de San Be-

1 Cicer de *Divinat.*, lib II.

## LAS TRES ROMAS

103

nito; se puede decir que allí echó los cimientos de su inmortal institucion, y despues de trece siglos, los hijos del venerable patriarca guardan con un religioso respeto la cuna querida de su numerosa familia. Están divididos en dos monasterios, el de San Benito y el de Santa Escolástica. ¡Con qué amor nos enseñaron el *Sacro Speco*, caverna misteriosa en donde su padre vivió largo tiempo, como San Ignacio en Manresa, como Moisés en el desierto, preparando con Dios los grandes designios que debia ejecutar! Allí hay una bella estátua que representa al santo absorto en la meditacion; á su lado está una canastilla, recuerdo de la que usaba San Roman para pasar á su señor un frugal alimento. En otra parte mirad el gran crucifijo en el cual está engastado el que llevaba consigo el ilustre fundador.

En el convento de Santa Escolástica encuentra el arqueólogo las riquezas, de las cuales fueron criadores ó guardianes los Benedictinos. Un claustro del siglo diez y seis, otro del siglo décimotercio, una sacristía del décimosexto; preciosos manuscritos con iluminaciones, así como las ediciones *princeps* de las obras impresas en Subiaco, y las primeras que lo fueron en Italia. De la biblioteca bajamos á la iglesia para venerar á los santos mártires Audax y Anatolio, cuyos cuerpos descansan bajo el altar mayor. Angeles de la oracion y mártires velando despues de tantos siglos en aquella soledad santificada por la presencia del patriarca de los religiosos en Occidente, todo esto es un misterio de gracia, una armonía providencial, cuyo secreto nos fué dado conocer algunos pasos más léjos. Neron y sus dignos sucesores habian tenido aquí una vila. Por todas partes la mancha y por todas la purificacion, y la segunda siempre en razon directa de la primera. Tivoli nos presentará muy pronto el mismo

contraste. Al dejar á Subiaco, otro recuerdo se presenta al viajero. Aquí, como en las lagunas Pontinas, se mostró Pio VI un monarca inteligente y magnífico. La soberbia iglesia de San Andrés, los molinos, las grandes fraguas y otros establecimientos de utilidad pública, fueron obra suya. Tambien un arco de triunfo de mármol, colocado á la entrada de la ciudad, perpetúa la memoria del bienhechor Pontífice. Noble tributo de reconocimiento y de amor; ¡qué amarga impresion inspiras al viajero frances! ¡Oh santo mártir, olvidad á Valencia y su ciudadela! ¡oh vicario del Dios que abrasó á todos los hombres en su inmensa caridad, rogad por el pueblo fiel que os levantó monumentos de gloria; rogad tambien por el pueblo ciego que os dió cadenas!

En el pintoresco valle que riega el Anio de límpidas ondas, corre serpenteando el alegre camino de Tivoli. Los caballos romanos caminan de prisa y muy pronto percibimos á la antigua Tibur. La gruta de las Sirenas, cascadas, recuerdos de Hecacio, recuerdos de Varus, recuerdos de Cátulo, recuerdos de la Sibyla, recuerdos de Mecenas, recuerdos de Santa Sinforsosa y de sus siete hijos, hé ahí lo que puede interesar al artista, al arqueólogo y al cristiano. A pesar de su poblacion de siete mil almas, Tivoli se parece más bien á una aldea que á una ciudad; las calles son irregulares, montuosas; las casas con algunas excepciones, de mediana apariencia. El gran *hotel de la Reina* tuvo el honor de darnos hospitalidad, y nadie adivinaria cuál fué la primera cosa que se ofreció á nuestras miradas al subir la escalera del primer piso. En un tronco fijo en la pared leimos en muy buen frances: *limosnas para la Propagacion de la fe en los dos mundos*. Con una alegría enteramente francesa; mezclada con un grano de orgullo nacional, cada uno de nosotros se apresuró á depos

tar allí su apostólica ofrenda. La obra de la Propagación de la fe, establecida en la ciudad de Mecenas, de Salústio y de Horacio, ¿no es un curioso monumento de triunfo del cristianismo?

Tivoli presenta algunos otros. La catedral dedicada á San Lorenzo, está edificada sobre las ruinas del templo de Neptuno, cuya Cella I y cuyos pórticos se ven todavía. Este templo es célebre en los anales del martirio, por hechos cuya historia es necesario conocer si se quiere visitar con inteligencia y respeto el lugar que fué teatro de ellos. Adriano había acabado ya los edificios de la suntuosa vila que visitaremos dentro de algunas horas; según costumbre, fueron dedicados en medio de las pompas religiosas y de los sacrificios. El supersticioso anciano quiso conocer la duración de sus soberbios palacios, y consultados los dioses, respondieron: "Una viuda cristiana retirada en Tibur nos cierra la boca. Se llama Sinforosa y es madre de siete hijos; si ella nos ofrece incienso, responderemos."

El emperador hizo llevar á la noble matrona, esposa de Getulio ó Zótico, y cuñada de Amácio, generales de sus ejércitos, ya martirizados por la fe. Se emplearon promesas y amenazas para determinarla á un acto de idolatría. ¡Vanos esfuerzos! Adriano, tocándola entonces por el punto más sensible, la dijo: "sacrificad á los dioses ó vos misma sereis sacrificada con vuestros siete hijos!—¡Muy feliz sería si me sacrificasen ocho veces por mi Dios!—No serás sacrificada á tu Dios, respondió el emperador con cólera, sino á los míos. —Vuestros dioses no pueden recibirme en sacrificio, yo no soy para ellos una víctima."

1 Despensa para los comestibles de la casa; dormitorio de criados; despensa del aceite; cueva ó bodega para vino; ó cuarto donde se calentaba el agua para baño.

Entonces Adriano mandó llevarla ante el templo de Hércules, que le maltrataran el rostro á puñetazos, que la suspendieran por los cabellos y después de haberla azotado cruelmente con varas, que la precipitasen al Anio. César, el odio te ciega, y tienes razón, era necesario que las aguas en donde se bañaban las cortesanas de Tibur, fuesen purificadas con la sangre de una cristiana. Al día siguiente el emperador mandó plantar siete postes alrededor del templo de Hércules; á ellos son atados los siete hijos de la ilustre matrona y todos espiran en medio de tormentos cuya cruel variedad hace estremecer. 1

Tal es el primer acontecimiento que habla al viajero en los umbrales del templo; hé aquí el segundo. Esta tierra que pisais ha bebido la sangre de otro cristiano verdaderamente digno de su nombre. Se llamaba Generoso, y este nombre que él había ilustrado en la carrera de las armas, lo ha hecho inmortal con su muerte. Desde hace quince siglos, triunfa en el lugar mismo en que ha vencido; su cuerpo glorioso descansa bajo el altar, no lejos de San Quirino, otro mártir de Tibur y de la ilustre Sinforosa, de quien era muy justo conservar en este lugar algunas reliquias.

De la catedral pasamos al templo de Vesta. En la punta de una roca que domina la gran cascada del Anio, y da á un valle profundo, se levanta un gracioso edificio de forma circular, sostenido por diez columnas de travertino delicadamente estriadas y coronadas con una cornisa festo-

1 Estos gloriosos mártires son llamados en la historia los siete *Biothanates*, es decir, muertos con muerte violenta. Los cristianos los enterraron en la vía Tiburtina y fueron trasladados á Roma por el Papa Estéban á la iglesia de San Angel in *Peschiera*, en donde descansan todavía. Cerca de sus sepulcros hemos leído la inscripción siguiente:—*Hic requiescent corpora sanctorum martyrum Symphorosa, vivi sui Zotici et filiorum ejus á Stephano papa translata.*

nada. Sus paredes, revestidas interior y exteriormente con pequeños polígonos de toba irregulares, su arquitectura irreprochable, todo anuncia que este edificio es de la mejor época. ¿Pero cuál fué su destino? Los sabios no están de acuerdo en él, y su opinión hace de él un templo de Vesta. Como quiera que sea, puede presentar al dibujante el primer plano de un encantador paisaje.

Ménos incierta es la ciencia cuando atribuye á la Sibyla el pequeño templo inmediato al anterior. Forma un cuadrángulo extenso, sostenida por cuatro columnas jónicas al frente, y puede tener treinta piés de longitud y quince de latitud. Aunque este edificio, convertido en iglesia de San Jorge, no presenta nada interesante bajo el aspecto del arte antiguo, es no obstante imposible penetrar en él sin acordarse del célebre oráculo atribuido á la Sibyla. La vista de Albunea atravesando la noche de los siglos, ve una gran luz y su boca proclama la gloria de una joven Virgen, madre de un Dios nacido en los campos de Bethlem:

*Vivax ipsa Deus dedit haec mihi numina fandi  
Carmine quo sanctam potui monstrare PUELLAM,  
Concipiet quae Nazareis in finibus illum  
Quem sub carne Deum bethlemitica rura videbunt:  
O nimium felix caelo dignissima mater,  
Quae tantam sacro lactabit ad ubere prolem! 1.*

Bajando por el flanco occidental de la colina, se llega bien pronto á la vila de Mecenas. ¡Extraña vicisitud! La magnífica morada del favorito de Augusto es hoy una fragua. Sus paredes de mármol, sus doradas habitaciones, están degradadas ó ennegrecidas por un humo secular. En los atrios, donde se paseaban los elegantes sibaritas de la corte imperial, van y vienen herreros casi desnudos; y las salas brillantes en donde resonaban los acordes de una música voluptuosa, no repiten sino el rui-

1 Véase Canisio, de *Maria deipara Virgine*, lib. II, c. 7, p. 147.

do ensordecedor de veinte martillos que chocan contra el yunque. Bajo los anchos pórticos de la vila de Mecenas, pasaba la vía *Valeria*, y una antigua inscripción enseña que ella formaba una galería cubierta, á la manera sin duda de nuestros pórticos parisienses. Siguiéndola hasta abajo de la montaña, atravesamos el río por un pequeño puente de madera á fin de ganar el lado opuesto y de gozar de la vista de las cascadas, de las cuales contamos ocho fuera de la gran cascada.

En su caída de mediana altura, forman siete anchos rollos de agua, cuya blancura de leche contrasta vivamente con el verde césped de la colina y produce el más gracioso golpe de vista. A medida que se va uno elevando por aquel lado, se encuentran ruinas cuyo nombre se ha perdido. Nadie sabe con certeza en dónde estaba la real vila del caballero romano Manlio Vopisco, tan magníficamente cantada por Stácio; 1 la de Cátulo, el licenciado poeta; la de Salústio, el rapaz procónsul; la de Horacio mismo, á la cual había creído inmortalizar con estos versos:

*Laudabunt allucaram Rhodon, aut Mytilenem, etc. 2*  
"Sobre dos mares á Corinto alzada  
Celebren otros, ó á Efeso ó á Rodas, etc."

Traducción de D. Javier Burgos.

Más feliz es la vila de Quintilio Varo. El erudito, el cicerone, el sencillo pastor, todos saben señalar su lugar y sus despojos. ¿De dónde le viene este privilegio? ¿Será que acaso la celebridad de la desgracia es más durable que la de la gloria? Varo, llamado por el gobierno de la Judea á mandar el ejército romano en Germania, se dejó sorprender por Arminio y perdió con la vida las legiones más bellas del imperio. *Varo, ¿qué has hecho de mis legiones?* Este grito desgarrador que Augusto no cesaba de repetir, á la noticia del de-

1 *Carmen III.*  
2 *Od. VII, lib. I.*

sastre, parece resonar más fuerte alrededor de la vida de Varo y protegerla como el anatema protege á un lugar funesto. Pero no; el verdadero conservador de aquellas ruinas célebres es el santuario de María que las cubre con su sombra. Sus nombres mezclados al de la augusta Virgen, los hará en adelante inmortales. La vila de Varo se llama la *Madonna del Quintigliolo*. Allí encontramos prosternado ante la antigua imagen de María á un jóven pastor, cuyo rebaño de cabras blancas pacía en las inmediaciones al cuidado del perro fiel. Este espectáculo inesperado nos recordó de pronto la visita que M. de Chateaubriand había hecho á esta capilla solitaria, y nos asoció deliciosamente á los sentimientos que él expresa.

Como él, habíamos pasado el Teverone por el puente Lupo, para entrar al Tivoli por la puerta Sabina; como él, habíamos atravesado el bosque de viejos olivos; como él, en fin, estábamos en la pequeña capilla blanca, dedicada á la *Modonna Quintigliana*. «Era un domingo, dice el ilustre escritor. . . . un hombre solo, que tenía el aspecto de ser muy desgraciado, estaba prosternado cerca de un banco; oraba con tanto fervor, que no levantó los ojos á verme al ruido de mis pasos. Yo sentí lo que he sentido mil veces al entrar á una iglesia, cierto apaciguamiento de las turbaciones del corazón, como dicen nuestras viejas biblias, y un no sé qué disgusto por las cosas de la tierra. Me puse de rodillas á poca distancia de aquel hombre, é inspirado por el lugar, pronuncié esta oración: ¡Oh Dios del viajero que habeis querido que el peregrino os adorase en este humilde asilo edificado sobre las ruinas del palacio de uno de los grandes de la tierra! ¡Madre de dolor, que habeis establecido vuestro culto de misericordia en la heredad de este romano infortunado, muerto lejos de su país en las selvas de la

Germania! no habemos aquí más que dos fieles prosternados á los piés de vuestro altar solitario. Conceded á este desconocido, tan profundamente humillado ante vuestras grandezas, todo lo que os pide; haced que las oraciones de este hombre sirvan á su vez para curar mis enfermedades, á fin de que estos dos cristianos que son extraños el uno al otro, que no se han encontrado más de un instante en la vida y que van á separarse para no volverse á ver nunca aquí en la tierra, se sorprendan al encontrarse al pié de vuestro trono y al deberse mutuamente una parte de su felicidad por los milagros de la caridad.»

Entre la vila de Varo y la puerta Sabina se encuentra uno frente á la gruta de las Sirenas y de la gran cascada del Anio. El rio desemboca de una roca perforada en otro tiempo por órden de Gregorio XVI y cae con estrépito en una barranca profunda, de la cual vuelve á salir haciendo espuma para correr en seguida tranquilamente por el valle. Un monumento levantado al Soberano Pontífice, consagra el reconocimiento de los habitantes por aquellos útiles trabajos que ponen á la ciudad al abrigo de las inundaciones. Con el fin de poder decir que no habíamos olvidado nada, hicimos una excursión á la vila de Este, antes de dejar á Tivoli. Ver una casa, jardines, fuentes en otro tiempo magníficas y hoy deterioradas, acordarse del cardenal Hipólito de Este, fuadador de la vila, y del Taso que recibió en una noble hospitalidad, tal es casi la única ventaja de esta visita.

Salimos por la puerta Santa Cruz y dejamos muy pronto la vía Tiburtina para dirigirnos á la vila de Adriano, situada á la izquierda en el campo romano. No me detendré á describir esta gigantesca mansión de uno de los señores del mundo. Para dar una idea de su magnificencia, basta decir que la vila de Adriano es más gran-

de que Pompeya; tiene cuando ménos siete millas de circunferencia. Del mismo modo que Adriano había tomado por modelo para su sepulcro, los edificios más notables de la Grecia y del Egipto, así quiso reunir en su vila los lugares y los monumentos más célebres que había conocido en sus continuos viajes. Allí se encontraba el Liceo, la Academia, el Prytaneo, el Pécilo, Canope y los templos de Sérapis, el valle de Tempé, los teatros, los principales templos de la Grecia y del Egipto, sin ovidar los infernos 1.

Pero para embellecer la morada de su señor, Roma, Aténas, Corinto, Alejandria habían quedado viudas de sus artistas famosos; el Oriente y el Occidente habían cavado todas sus minas de oro y de plata, todas sus vetas de mármol, de alabastro, de pórfido y de basalto. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! En vez de ser aquel lugar una morada de delicias para Adriano, no fué más que un teatro de sufrimientos. Allí encontró el gérmen de la enfermedad que le condujo al sepulcro; y no se diría sino que todos aquellos monumentos que representaban las diferentes partes del mundo, no se habían reunido allí más que para hacer asistir al universo entero á las angustias, á las cóleras, á la rabia sanguinaria del viejo emperador. De allí partieron las fatales sentencias que condujeron á la muerte á Santa Sinfrosa con sus siete hijos, al anciano Serviano, la gloria del imperio, y aun á la emperatriz Sabina 2.

El mismo Adriano, obligado á nombrar un sucesor para el imperio, abandonó prontamente aquella morada suntuosa y se fué á morir á Baña.

Eran tales las riquezas acumuladas en aquella vila, que forman, á pesar de todo lo

1 Et ut nihil praetermitteret, etiam inferos finxit.—Spartian., in Adrian.

2 Spartian., in Adrian.

que se ha perdido, una parte considerable de los museos de Roma, y el salon de *Canope*, en el Capitolio, está lleno casi exclusivamente con estatuas egipcias y objetos que pertenecen al culto de Sérapis y fueron hallados en la morada imperial. ¿Qué queda de esa obra maestra del lujo y de la opulencia colosal del señor del mundo? Los cuarteles de las guardias pretorianas, *cento camerelle*, y las paredes vacilantes de no sé qué edificios, teatros, termas, palacios, bibliotecas, pórticos, todo no es más que un conjunto informe de despojos amontonados en un suelo accidentado cubierto de espinas y habitado solamente por lagartijas y otros reptiles. En el momento en que recorriamos aquel vasto campo de ruinas, un pobre campesino lo atravesaba en silencio; conducía un asno cargado con largos rosales, destinados á sostener las cepas de una viña plantada en la naumaquia imperial.

Volviendo á tomar la vía Tiburtina, nos desuvimos delante del mausoleo de la familia *Plautia* el tiempo necesario para leer algunas inscripciones. Citaré solamente la de Tiberio Plancio Silvano, compañero de Cláudio en la guerra Británica. Esta tumba, en la forma y en las proporciones se parece mucho á la de Cecilia Metela. ¡Singular destino de los sepulcros romanos! Los que acabo de nombrar sirvieron de fortaleza durante las guerras civiles de la Edad Média, y el mausoleo de Adriano es todavía la ciudadela de Roma.

Bien pronto un fuerte olor de azufre, acompañado de exhalaciones muy desagradables, nos advirtió que estaba muy cerca el puente de la Solfatara. En un ancho canal corren con rapidez aguas blanquizas, pero límpidas y azuladas; de aquí el nombre de *Albula* que les habían dado los antiguos. Proviene de un lago profundo impregnado todo él de materias sulfuro-

sas. Este lago de *Islas Flotantes*, que tanto se nos había recomendado, no vale la pena de ser visitado, sino tal vez por los mineralogistas. Más interesante es el *Ponte Mommolo*, por el cual se atraviesa el Tevere antes de entrar á Roma. Cuatro grandes recuerdos le hacen célebre para siempre: el jóven Mánlio allí conquistó el sobrenombre glorioso de Torcuato en un combate que recuerda el de David contra Goliath; la emperatriz Mamea lo mandó restaurar; Totila lo destruyó, y Narsés lo volvió á levantar.

La noche acababa de sorprendernos y el cielo se vió muy pronto sembrado de estrellas. Nos pusimos á admirarlo y á repetir algunos de los salmos en que el real Profeta describe la magnificencia del firmamento. Yo no sé qué encanto dan la soledad y el silencio del campo romano á aquellos sublimes cánticos; siempre sucede que el alma en esa hora solemne, en medio de aquella calma profunda, siente más vivamente la bella armonía que existe entre la ciudad eterna y el silencioso desierto que la rodea. Para el cristiano, Roma es un templo, y ántes de entrar al templo, es bueno tener que atravesar un cementerio. El ruido del mundo se apaga en medio de las tumbas; las ilusiones desaparecen; graves pensamientos las reemplazan y los pensamientos graves son hermanos de los pensamientos santos, que son los únicos que deben penetrar al templo. ¡Y qué cementerio es el campo romano!

### 23 DE MARZO.

Iglesia de la Magdalena.—San Camilo de Lelis.—Tinieblas en la capilla Sixtina.—Dificultad de asistir á ellas.—Idea general del oficio.—Pinturas de la capilla.—Canto de los Salmos y de las Lamentaciones.—*Miserere* de Baini, de Bai, de Allegri.—Juicio de Monseñor Wiseman.

Hoy 23 de Marzo, se habían dado cita

dos franceses en la plaza Columna. Se habían reunido á las siete de la mañana y caminaban juntos hácia la iglesia de Santa María Magdalena. ¿Cuál era el objeto de su peregrinación? Ver de cerca los lugares habitados por un héroe de la caridad cristiana, visitar el cuarto donde murió, venerar los objetos que fueron de su uso y tomar en su sepulcro algunos de los sentimientos que le animaron. Estos dos franceses eran el Sr. Vizconde W. . . . y yo. El héroe es San Camilo de Lelis. Sus obras, doble prodigio de misericordia y de caridad, son un beneficio siempre subsistente. Camilo, hijo de un soldado y soldado él también, no tardó en tomar las costumbres poco regulares de los campos. Se hizo jugador, pero jugador apasionado. Fué licenciado despues de la campaña de Túnes en 1574 y no había sacado del servicio militar más que su equipaje: lo jugó; jugó primero su sable, y lo perdió; su mosquete, y lo perdió; su cartuchera, y la perdió; su capote, y lo perdió; su camisa, y la perdió. <sup>1</sup>

Despojado de todo, el nuevo hijo prodigo entró en sí mismo, se convirtió y llevó á la práctica del bien el desinterés sin límites de una grande alma, y la franqueza y lealtad de un soldado. Los pobres de toda especie, pero sobre todo los enfermos fueron su objeto privilegiado, y los lazaretos y el hospital del Espíritu Santo en Roma, su domicilio.

¿Por qué no me permitirá el tiempo contar uno de los dias tan admirablemente empleados del santo hombre? Todo lo que puede hacer el padre más amoroso, digo mal, todo lo que puede inventar la madre más tierna para aliviar, para consolar á su hijo enfermo y ayudarle á santificar sus sufrimientos, todo y aun más hacia Camilo. Aun enfermo y agobiado por los años,

<sup>1</sup> *Vita di San Camilo, etc. dai. P. P. Ciccellini e Dolera*, lib. 1. c. 4. in-4.º Roma, 1837.

se le veía en pié todo el dia y una parte de la noche, pasando de un lecho á otro, y no contando nunca consigo mismo, cuando había un dolor que calmar, una conciencia que tranquilizar.

Esto llegaba al punto de que los enfermos, movidos de compasión hácia aquel venerable anciano, le decían: «Padre, ya no podeis más, vais á caer, reponeros.» Y él les respondía con la sonrisa en los labios: «Hijos míos, soy vuestro servidor, es necesario que cumpla con mi deber.» Para secundarle, fundó la *Congregación de los clérigos, ministros de los enfermos*. Esta admirable familia, animada del espíritu de su jefe, admira todavía hoy al mundo cristiano por su abnegación. Un voto especial los encadena á la cabecera de los atacados de peste.

Tal es el hombre cuyo sepulcro íbamos á venerar. En la iglesia de la Magdalena está una magnífica capilla brillante de mármoles y dorados; una caja de bronce dorado colocada bajo el altar, encierra el cuerpo de San Camilo. Le encontramos rodeado de numerosos fieles y se nos dijo que la concurrencia era habitualmente la misma. El buen padre que nos acompañaba nos hizo notar, á la derecha de la capilla, el crucifijo milagroso que, desprendiendo sus brazos de la cruz, dirigió un dia al santo estas consoladoras palabras: «De qué os afligís, hombre pusilánime? Seguid vuestra empresa, yo seré vuestro apoyo; esta obra no es vuestra sino mía.»

Entramos al convento, llegamos á la extremidad de un largo corredor y delante de nosotros se abrió una pequeña puerta con hojas de abeto; estábamos en la celda del santo fundador. Según la costumbre en Italia, aquella celda es hoy una capilla; en las paredes laterales brillan dos largos cuadros de grande expresión que representan los últimos momentos del santo; en las gradas del altar se ven á

través de vidrios, no pocos objetos que fueron de su uso. Una pequeña ventana colocada en el fondo, ilumina débilmente aquel venerable santuario. Tuve el consuelo de celebrar la misa que me ayudó mi amable compañero de viaje. Despues de una agradable visita al R. P. de Geramb, que habita aquel convento, nos citamos para la plaza de San Pedro.

Á las cuatro de la tarde, las Tinieblas de la capilla Sixtina iban á abrir la serie no interrumpida de las grandes ceremonias que hacen de la Semana Santa en Roma la semana incomparable. En este mundo, todo goce debe ser comprado; el que ambicionábamos lo fué á gran precio. Si mal no me acuerdo, se lee en las *Victorias y Conquistas de los Franceses*, que despues de la batalla de Moskow, decía Napoleon á su ejército: «Soldados, cuando volvais á vuestros hogares os bastará decir: Yo estaba en aquella gran batalla que se dió en las murallas de Moskow, para que os respondan: Hé ahí á un bravo.»

Nosotros no tuvimos el honor de hacer la campaña de Rusia en 1812; no hemos combatido en Moskow, y sin embargo, cada uno de nosotros tiene la pretension de llamarse bravo. Hemos hecho la campaña de San Pedro en 1842; hemos tomado parte en el grande ataque que tuvo lugar en las murallas del Vaticano y cuyo resultado fué la toma por asalto de la capilla Sixtina. Las entradas de la plaza estaban invadidas por diez mil personas armadas de la inquebrantable resolución de penetrar á un local, capaz de contener seiscientos espectadores á lo más. Mientras los soldados del emperador no tuvieron que combatir más que á los rusos, nosotros tuvimos que luchar contra los hijos de la Germania y de Albion coaligados y contra los suizos armados de hierro. No obstante, conseguimos ocupar en la capilla Sixtina un pié cuadrado cada